

Fiódor Dostoyevski

La aldea de
Stepánchikovo
y sus moradores

Notas de un desconocido

Traducción del ruso
de Esther Gómez Parro



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Seló Stepánchikovo i egó obitáteli*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Foto: Campesino ruso, ca. 1875

© adoc-photos / Corbis / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2021

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-508-9

Depósito legal: M. 21.587-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

- 11 1. Introducción
- 39 2. El señor Bajchéiev
- 61 3. Mi tío
- 82 4. La hora del té
- 97 5. Yezhevikin
- 116 6. Del toro blanco y el mujik de Komarino
- 126 7. Fomá Fomich
- 148 8. Una declaración de amor
- 156 9. Su Excelencia
- 176 10. Mizínchikov
- 196 11. Máxima perplejidad
- 213 12. El desastre

Segunda y última parte

- 225 1. La persecución
- 246 2. Novedades
- 252 3. La onomástica de Iliusha
- 266 4. La expulsión
- 282 5. Fomá Fomich hace felices a todos
- 306 6. Conclusión
- 327 Relación de «apellidos parlantes»

Primera parte

1. Introducción

Quando se retiró del ejército mi tío, el coronel Yegor Ilích Rostaniev^{1*}, se mudó a Stepánchikovo, la propiedad que le había tocado en herencia, y se instaló en ella cual terrateniente nativo que hubiera pasado allí toda su vida sin abandonar sus raíces. Hay caracteres que se conforman con todo y que a todo se acomodan, y así era exactamente el coronel retirado. Difícil imaginar una persona más pacífica y que más accediese a todo. Si a alguien se le hubiera ocurrido pedirle en serio que llevara a otra persona a hombros dos verstas², seguramente lo habría hecho. Era tan bondadoso que estaba dispuesto a darlo

1. Para el significado jocoso de muchos de los apellidos que Dostoyevski da a los personajes de la novela, remitimos al listado que figura al final del volumen. En adelante se los significará con un asterisco la primera vez que aparezcan en el texto. (*N. de la T.*)

2. Versta: medida de longitud rusa, actualmente en desuso, equivalente a 1.066,8 metros. (*N. de la T.*)

todo sin dudar y a compartir hasta su última camisa con el primero que se lo pidiese. De constitución robusta, alto y atlético, tenía una dentadura blanca como el marfil, largos bigotes de color rubio oscuro, una voz fuerte y sonora y una risa abierta y contagiosa. Hablaba muy deprisa y atropelladamente. Por aquel entonces debía de rondar los cuarenta y desde los dieciséis había pasado casi toda su vida sirviendo en los húsares. Se había casado a una edad muy temprana locamente enamorado, pero su esposa murió, dejando en su corazón un recuerdo imborrable y agradecido. Finalmente, tras recibir en herencia la aldea de Stepánchikovo, lo que aumentó sus haberes en seiscientas almas¹, abandonó el servicio militar y, como ya se ha dicho, se instaló en la aldea junto con sus hijos: Iliusha², de ocho años (cuyo nacimiento le costó la vida a su madre), y Sášhenka³, su hija quinceañera, que al quedar huérfana ingresó para su educación en un internado de Moscú. Pero la casa del tío tardó poco en convertirse en un arca de Noé. He aquí lo que aconteció.

En el momento en que recibió su herencia y abandonó la carrera militar enviudó su madre, la generala Krajótkina*, que hacía ya dieciséis años que se había casado en segundas nupcias con un tal general Krajotkin*. Por aquel entonces el tío era todavía corneta, pero ya le rondaba la idea de volver a casarse. Durante mucho tiempo la ma-

1. *Almas*: se ha dejado el término equivalente en castellano, ya que así se decía muchas veces en el ruso del siglo XIX en lugar de «siervos». (*N. de la T.*)

2. *Iliusha*: diminutivo de Iliá. (*N. de la T.*)

3. *Sášhenka*: diminutivo de Alexandra, al igual que Sasha y Sášhurka, como se verá más adelante. (*N. de la T.*)

maíta no dio su aprobación a un segundo matrimonio del tío. Derramaba amargas lágrimas, echándole en cara que era un egoísta, un desagradecido, un mal hijo. Insistía en que poseer sólo doscientos cincuenta siervos apenas era suficiente para mantener a su familia, es decir, a su mamaíta con todo su regimiento de gorronas, perritos de Pomerania, dogos enanos, gatitos siameses y demás. Y en medio de esos reproches, censuras y quejas, fue ella quien se casó antes que su hijo, teniendo ya cuarenta y dos años de edad. También entonces halló un pretexto para acusar a mi pobre tío, afirmando que se casaba exclusivamente por tener un refugio en su vejez, algo que le negaba un egoísta desconsiderado, su propio hijo, arguyendo una grosería imperdonable: casarse de segundas.

Jamás pude averiguar el verdadero motivo que llevó a un hombre aparentemente tan razonable como el difunto general Krajotkin a contraer nupcias con aquella viuda de cuarenta y dos años. Cabe suponer que sospechaba que ella tenía dinero. Otros pensaban que simplemente necesitaba a alguien que lo cuidara, pues ya entonces presentía el cúmulo de males que lo atacaron después, durante su vejez. Sólo se sabía una cosa: que el general nunca tuvo el más mínimo respeto por su esposa durante toda su vida en común, y que se burlaba sarcásticamente de ella en cuanto se le presentaba la ocasión. Era un hombre extraño. Poco culto, bastante listo, despreciaba severamente a todos y cada uno. Sin motivo alguno se burlaba de todo y de todo el mundo, y ya de viejo, por causa de enfermedades derivadas de haber llevado una vida no muy correcta y encauzada, se convir-

tió en un ser iracundo, irritable y cruel. Le fue bien en el ejército, aunque, por cierto «caso desagradable», se vio obligado a no mucho tardar a pasar bruscamente a la reserva, escapando por los pelos de ser juzgado y desprovisto de su pensión. Esto acabó de amargarlo para siempre. Sin apenas medios económicos y amo de unas cien almas sumidas en la pobreza, se dejó caer de brazos y el resto de su vida, doce años enteros, lo pasó sin preguntarse de qué vivía y quién lo mantenía, pese a lo cual exigía todas las comodidades, sin ahorrar en gastos y moviéndose en carroza. Poco tiempo después se quedó cojo y pasó los últimos diez años sentado en confortables sillones, mecidos, cuando era preciso, por dos forzudos lacayos que sólo oían de su boca los más diversos y variados insultos. La carroza, los lacayos y los sillones eran costeados por el hijo poco respetuoso que enviaba a su madre lo último que tenía, hipotecando una y otra vez sus bienes, privándose él y privando a su familia de lo más indispensable, contrayendo deudas casi imposibles de pagar en su situación económica. Y aun así, su renombre de hijo egoísta e ingrato no dejaba de perseguirlo. Sin embargo, tal era el carácter de mi tío que al final acabó creyendo ser un egoísta, y para castigarse por ello y dejar de serlo, enviaba cada vez más y más dinero. La generala veneraba profundamente a su esposo, aunque lo que más le gustaba era que él fuera general y ella, por matrimonio, generala.

Disponía de la mitad de la casa donde vivían, y durante todo el tiempo que duró la semiexistencia de su marido estuvo rodeada de gorronas, cotillas de pueblo y pelotas. En aquel pueblecito era un personaje importante.

Los chismes, las invitaciones a ser madrina de bautizos o bodas, los juegos de cartas apostando unos pocos kópecs y el respeto de todos por el hecho de ser generala la compensaban con creces por las carencias de su casa. Ante ella aparecían las cotorras del pueblo dándole cuenta de todo; siempre y en todas partes ocupaba el primer lugar. En una palabra, sacaba a su condición de generala todo el jugo que podía. El general no se metía en nada de esto, pero delante de la gente se burlaba cruelmente de su mujer, haciéndose preguntas a sí mismo como, por ejemplo, «¿cómo he podido casarme con esta panadera especializada en hostias?». Y nadie se atrevía a contradecirlo. Poco a poco sus conocidos lo fueron abandonando, pero él necesitaba tener compañía. Le gustaba charlar, discutir, tener siempre un oyente sentado a su lado. Era librepensador y ateo chapado a la antigua, por eso prefería disertar sobre temas de elevado carácter.

Mas a los habitantes de la pequeña villa no les interesaban aquellos temas profundos y empezaron a visitarle cada vez con menos frecuencia. Intentaron recurrir a celebrar partidas de *whist-preference* en casa, aunque para el general el juego acababa habitualmente con tales crisis de rabia que su esposa y sus comensales, horrorizadas, encendían velas, rezaban tedeums, buscaban adivinar mediante alubias y cartas, repartían panes en el presidio y esperaban temblando el momento después del almuerzo en el que era preciso organizar una nueva partida de *whist-preference* y recibir por cada error gritos, chillidos, insultos y, casi, casi, golpes. Cuando algo no gustaba al general, no se avergonzaba delante de nadie:

chillaba como una vulgar mujeruca, blasfemaba como un carretero y a veces rompía y tiraba los naipes al suelo, echaba fuera a los jugadores, incluso llegaba a llorar de fastidio y rabia cuando se descartaban de una sota en lugar de un nueve. Finalmente, perdida casi la visión, necesitó un lector. Y fue justo entonces cuando apareció Fomá Fomich Opiskin*.

Debo admitirlo: anuncio a este nuevo personaje con cierta solemnidad. Es, sin duda alguna, uno de los más importantes de mi relato. No es mi intención explicar hasta qué punto tiene derecho a llamar la atención del lector; es más correcto y probable que el lector mismo lo decida.

Fomá Fomich se presentó ante el general como acompañante a cambio de manutención. Ni más ni menos. De dónde salió es algo cubierto por el velo del misterio. Yo, por mi parte, realicé intencionadamente algunas indagaciones sobre las circunstancias anteriores en las que vivió este notable personaje. Se decía, en primer lugar, que en cierto momento y en cierto lugar estuvo trabajando, que en otro sufrió alguna persecución, y se supone, claro, «por defender la verdad». Decían incluso que en Moscú se dedicó un tiempo a la literatura. No es de extrañar: la sucia ignorancia de Fomá Fomich no podía ser un obstáculo para su carrera literaria. Pero lo único cierto al cien por cien es que fracasó en todo y se vio obligado a ofrecerse a trabajar para el general en calidad de lector y mártir. No hubo humillación que no soportara por un mendrugo de pan del general. Cierto es también que, tras la muerte del general, cuando Fomá se convirtió a sí mismo de repente en un personaje inesperadamente muy

importante y destacado, más de una vez nos aseguró a todos que acceder a hacer de payaso había sido un generoso sacrificio que había hecho en nombre de su amistad; que el general había sido su bienhechor, un gran hombre incomprendido que sólo a él, a Fomá, había confiado los secretos más íntimos de su alma, y por fin que si él, Fomá, por exigencias del general, alguna vez había personificado a diversos animales y otras cosas vivas, había sido con el único fin de distraer y alegrar a su amigo, que sufría de tantos males. Sin embargo, las palabras y aseveraciones de Fomá Fomich en este caso despertaban muchas dudas, sobre todo porque ese mismo Fomá, siendo todavía bufón, desempeñaba un papel totalmente distinto en la mitad femenina de la casa del general. Cómo se las arregló para organizarlo es difícil imaginar para un no especialista en semejantes cuestiones. La generala alimentaba hacia él una especie de respeto místico. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Poco a poco fue logrando una influencia extraordinaria sobre la mitad femenina de la casa, en parte parecida a la influencia de los diversos Ivanes Yakovlévich y otros sabios y profetas de ese estilo, a los que visitaban en los manicomios otras damas ricas, aficionadas a ellos. Leía en voz alta libros sobre la salvación del alma, hablaba con elocuentes lágrimas de distintos bienhechores cristianos; contaba su vida y sus hazañas; asistía a misa, incluso a los maitines, prediciendo en parte el futuro; se le daba especialmente bien interpretar los sueños y era un maestro en juzgar a su prójimo. El general adivinó lo que sucedía en las habitaciones de su mujer y se volvió todavía más cruel con su víctima. Pero el martirio de Fomá aumentaba aún más

el respeto que sentían por él la generala y las demás habitantes de la casa.

Por fin el general murió, y su muerte fue bastante original. El liberal ateo de antes se asustó hasta lo inimaginable. Lloraba, se arrepentía, rezaba ante las sagradas imágenes, llamaba a los popes, se celebraban misas, le daban la extremaunción. El pobre gritaba que no quería morir, e incluso entre lágrimas suplicaba perdón a Fomá Fomich, lo que éste aprovechó para darse una importancia fuera de lo común. Sin embargo, poco antes de que el alma del general abandonara su cuerpo generalicio, ocurrió lo siguiente: mi tía Praskovia Ilínichna, hija del primer matrimonio de la generala, una solterona que siempre había vivido en la casa del general –por cierto, una de sus víctimas predilectas, que durante sus diez años de invalidez estuvo atendiéndolo en todo cuanto necesitaba y la única capaz de contentarlo por su carácter simple y bondadoso–, se acercó a su cama llorando amargamente para colocar la almohada del sufriente. Pero el sufriente tuvo tiempo de agarrarla por los pelos y tirar de ellos tres veces echando casi espumarajos de rabia por la boca. A los diez minutos murió. Dieron aviso al coronel, aunque la generala declaró que no quería verlo, que prefería morir antes que permitirle presentarse ante sus ojos en aquellos momentos. El entierro fue espléndido, a costa, naturalmente, del irrespetuoso hijo a quien no quería ver.

En la miserable aldea de Kniázevka, propiedad de varios terratenientes venidos a menos y donde el general tenía unos cien siervos, existe un mausoleo de mármol blanco cubierto de inscripciones que ensalzan la inteli-

gencia, el talento, la nobleza de alma, las condecoraciones y los méritos militares del general. Fomá Fomich participó activamente en la redacción de estas inscripciones. Durante mucho tiempo la generala estuvo destrozada, negándose a perdonar al hijo ingrato. Entre gritos y sollozos, rodeada de sus numerosas gorronas y cachivaches, decía que preferiría comer pan seco «empapado en sus propias lágrimas» y llamar de ventana en ventana para pedir limosna antes que ceder a los ruegos de su mal hijo de que se trasladara a vivir con él a Stepánchikovo, y que su *pie* ¡jamás, jamás pisaría esa casa! En general la palabra *pie* utilizada en este sentido es pronunciada con gran efecto por otras señoras, pero la generala la expresaba de manera magistral, artística... Hizo uso de su palabra y su elocuencia en cantidades increíbles, pero hay que aclarar que en medio de esos llantos se iba preparando en silencio para mudarse a Stepánchikovo. El coronel agotó a todos sus caballos recorriendo casi a diario las cuarenta verstas que separaban Stepánchikovo de la villa donde vivía la generala, y solo a las dos semanas de haber enterrado al general le fue permitido presentarse ante los ojos de su ofendida progenitora. Fomá Fomich fue utilizado como intermediario en las conversaciones. Durante estas dos semanas reprochó y avergonzó al hijo indómito e «inhumano» por su conducta hasta llevarlo a soltar amargas lágrimas e incluso a la desesperación. Desde este momento comenzó la cruel y despótica influencia de Fomá Fomich sobre mi pobre tío. Comprendió con qué tipo de persona se iba a tener que enfrentar y de inmediato se percató de que su papel de bufón había terminado y había llegado la hora de que

también él, Fomá, pudiera ser hidalgo. ¡Y bien que supo resarcirse!

¿Cómo se sentiría usted –decía Fomá– si su propia madre, causante, digámoslo así, de que usted esté vivo, tomara un bastón con sus manos temblorosas y reseca por el hambre y, apoyándose en él, empezara a mendigar realmente? ¿No sería eso monstruoso, teniendo en cuenta en primer lugar su calidad de generala, y en segundo lugar sus virtudes? ¿Cómo se sentiría usted si, supongamos por equivocación, aunque ciertamente pudiera ocurrir, ella se acercara a sus ventanas y tendiera su mano mientras usted, su hijo carnal, en ese mismo instante descansara en algún lecho de plumas y rodeado de lujos? ¡Horrible, horrible! Pero lo más terrible de todo, permítame, coronel, que le hable sin tapujos, es que permanece delante de mí como un obelisco insensible, con la boca abierta sin saber hacia dónde mirar, en una actitud indecente, pues la mera suposición de tal hecho debería llevarle a arrancarse el cabello de raíz y derramar arroyos... ¿Qué digo? ¡Ríos, lagos, mares y océanos de lágrimas...!

En una palabra, Fomá, dejándose llevar por su exagerada elocuencia, empezó a divagar. Así acababa siempre su grandilocuencia. Como era de esperar, la generala, junto con sus gorronas, perritos, Fomá Fomich y la soltera Perepelítsina*, su principal confidente, regocijaron finalmente a Stepánchikovo con su llegada. Dijo que sólo iba a *probar* la vida en casa de su hijo, que de momento sólo iba a poner a prueba su respeto hacia ella. ¡Puede uno imaginar en qué situación se encontró el coronel mientras ponían a prueba su respetuosidad!

Al principio, en su condición de viuda reciente, la generala pensó que era su obligación, dos o tres veces por semana, caer en la desesperación al recordar a su general, que no volvería jamás. Por cierto que, sin motivo aparente, las culpas recaían siempre en el coronel. A veces, sobre todo en presencia de ciertas visitas, hacía llamar a su nieto, el pequeño Iliusha, y a su nieta quinceañera, Sáshenka, los hacía sentar a su lado, los miraba durante largo rato con ojos tristes y sufrientes como si fueran hijos abandonados por *semejante padre*, y suspiraba de forma profunda y dificultosa misteriosas y silenciosas lágrimas. ¡Ay del coronel si no era capaz de *comprender* esas lágrimas! Pero el pobre casi nunca llegaba a entenderlas, y casi siempre, por pura inocencia, aparecía como adrede en esos minutos lacrimosos y, lo quisiera o no, era sometido a examen. Pero su respeto no disminuía, más bien al contrario, llegaba a su límite máximo. En resumen, tanto la generala como Fomá Fomich se sentían absolutamente seguros de que la amenaza que habían soportado durante tantos años por parte del general Kraiotkin había pasado, y que nunca volvería. Había ocasiones en que la generala, sin ton ni son, se desmayaba de repente en el sofá. Cunden la confusión y el pánico. El coronel se siente morir y tiembla como una hoja de álamo temblón.

—¡Hijo cruel! —grita la generala volviendo en sí—. ¡Me has destrozado las entrañas... *mes entrailles, mes entrailles!*

—¿Pero de qué manera he podido destrozarle las entrañas, mamáita? —pregunta tímidamente el coronel.

—¡Sí, me las has destrozado! ¡Destrozado! ¡Y se atreve a justificarse! ¡Grosero! ¡Hijo cruel! ¡Me muero...!

El coronel está hundido.

Pero de algún modo la generala revive siempre. Y media hora después el coronel explica a un amigo sujetándolo por un botón:

—Debes tener en cuenta, mi querido amigo, que es una *grande dame*, ¡una generala! Una viejecita buenísima. Pero, claro, está acostumbrada a todo lo refinado... No como yo, que soy un paleta. Ahora está dolida conmigo, y con toda la razón, porque yo soy el culpable. Aunque la verdad, amigo, es que todavía no sé de qué me culpa, pero por supuesto que soy culpable...

A veces la soltera Perepelítsina, la criatura más pasada de madurez y la más sibilina del mundo, con su peluca, sin cejas, ojillos pequeños y lascivos, labios delgados como un hilo y sus manos lavadas en salmuera de pepinos, pensaba que su deber moral consistía en reñir al coronel:

—Esto pasa porque usted no es respetuoso; porque usted es un egoísta; porque insulta a su señora madre, y por eso ella se enfada, no está acostumbrada a ser tratada de ese modo. Ella es generala y usted no es más que un coronel.

—Esa señorita —explica el coronel a su oyente—, Perepelítsina, es una mujer fuera de lo común, siempre defiende a mi madre. ¡Una señorita como pocas! No pienses que es una gorrana, ni mucho menos; también es hija de un teniente coronel... Ya ves.

Pero todo lo dicho no era más que el comienzo. La generala, capaz de tales tretas, temblaba a su vez como un ratón ante Fomá Fomich, su anterior bufón. Estaba plenamente esclavizada por él. No respiraba sin él, oía con

sus oídos, veía con sus ojos. Uno de mis primos segundos, también húsar retirado, todavía joven, que por el mal estado de su situación vivió algún tiempo en la casa del tío, me dijo con toda claridad que estaba totalmente convencido de que la generala mantenía relaciones íntimas con Fomá Fomich. Como es lógico, en ese momento rechacé indignado esa suposición como algo tosco y simple. No, esa relación era de otro tipo, algo distinto que sólo puedo explicar haciendo comprender al lector, de manera aproximada, el carácter de Fomá Fomich tal como yo mismo lo comprendí después.

Imagínense a un hombrecillo mezquino, insignificante y pusilánime, un aborto de la sociedad a quien nadie necesita, absolutamente inútil, totalmente repulsivo, pero tan pagado de sí mismo a pesar de carecer de cualquier don que era incapaz de justificar ni un ápice su enfermizo e hiriente orgullo. Prevengo de antemano de que Fomá Fomich es la encarnación de una vanidad peculiar pero sin límites. Como suele suceder en estos casos, se trata de un orgullo herido, agraviado por fracasos anteriores, infectado desde hacía muchísimo tiempo y que hasta ese momento destilaba envidia y veneno cada vez que veía el triunfo ajeno. No hace falta decir que todos esos sentimientos se presentaban aliñados con la más descarada susceptibilidad y la más delirante suspicacia. Alguien podría preguntar: ¿cómo se forma semejante amor propio? ¿Cómo nace en medio de esa total insignificancia de personas tan dignas de lástimas que tan sólo por su posición social deberían saber qué lugar les corresponde en el mundo? ¿Cómo responder a esta pregunta? ¿Quién sabe si hay excepciones y una de ellas no

será nuestro personaje! Ciertamente es una excepción a la regla, lo que se verá más adelante. Sin embargo, permítaseme preguntar: ¿Están seguros de que los resignados a reconocer su papel de bufones, gorriones y aprovechados han renunciado por completo a su amor propio? ¿Qué me dicen de la envidia, los cotilleos, los soplos, las acusaciones, los misteriosos susurros en rincones ocultos que tienen casi a su alcance, incluso de personas sentadas a su propia mesa? Quién sabe. Quizás en algunos de esos vagabundos humillados por el destino, esos bufones e histriones vuestros, eternamente sometidos y despreciados, el amor propio no sólo no desaparece, sino que cobra mayor fuerza a causa de esa misma humillación, por su papel de bufones e histriones, por su sumisión obligada y su insignificancia. Quién sabe si un orgullo tan desmedido no es falso, siendo originalmente un sentimiento pervertido de dignidad propia, ofendida tal vez en la infancia por la miseria, la pobreza y la suciedad representados en los padres del futuro vagabundo, que ve todo esto ante sus propios ojos. Pero ya he dicho que Fomá Fomich es una excepción a la regla general. Y es cierto. En un momento fue literato, amargado por falta de reconocimiento. La literatura es capaz de hundir a cualquiera cuando no obtiene reconocimiento, no sólo a Fomá Fomich. No sé, pero tengo la impresión de que antes incluso de meterse a literato tampoco había salido airoso en sus otras empresas, que sólo había recibido papirotazos en lugar de salarios, si no algo peor. Entonces no lo sabía, pero más tarde averigüé que en Moscú había escrito una novelita muy parecida a las que se publicaban por decenas en los años treinta, como, por ejemplo,

La liberación de Moscú, El atamán Bur, Hijos del amor o Los rusos en el año 1104, y cosas por el estilo, novelas que proporcionaban en aquellos tiempos un grato alimento al ingenio burlón del barón Brambeus. Esto había ocurrido, naturalmente, hacía mucho tiempo. Pero la serpiente del orgullo muerde a veces de forma profunda e incurable, sobre todo a las personas insignificantes y estúpidas. Fomá Fomich quedó amargado tras sus primeros pasos en la literatura y desde entonces se incorporó definitivamente a la enorme falange de resentidos, de quienes provienen todos los visionarios, peregrinos y vagabundos errantes. Desde ese momento, pienso yo, nació en él esa feísima jactancia, esa ansia de ser alabado y distinguido, de ser objeto de admiración y asombro. Ya cuando oficiaba de bufón conseguía que un grupo de idiotas lo venerara. En todas partes y de cualquier modo necesitaba prevalecer sobre todos, profetizar, distinguirse de los demás y vanagloriarse. ¡Esa era su mayor necesidad! Y si no lo alababan, él mismo lo hacía por su cuenta. En Stepánchikovo, en casa de mi tío, le oí decir cuando ya era el amo y absoluto profeta: «No estaré aquí mucho tiempo con vosotros –decía a veces con una misteriosa jactancia–. ¡No pertenezco a este mundo! Observaré, os pondré en orden a todos, os mostraré lo que hay que hacer, os enseñaré y entonces... ¡Adiós! ¡Me marcharé a Moscú a publicar una revista! Treinta mil personas acudirán cada mes a escuchar mis conferencias. ¡Al fin mi nombre resonará, y entonces, que tiemblen mis enemigos!». Pero mientras el genio aguardaba su fama, exigía sus honores sin tardanza. Cierto que a todos nos agrada recibir nuestro salario por adelantado, pero en